

“Nunca la había inventado tan bella”

Calvert Casey

La Habana es una de esas ciudades sobre la que se puede escribir sin haber estado jamás. Sin haber pisado nunca sus calles o haber respirado su aire o haber escuchado su música. Sin haber vivido en la ciudad vieja o haber abrazado un cuerpo entre paredes desconchadas. Sin haber pensado seriamente en ir a visitarla. Sin haberla abandonado con temblor de prófugo o desprecio de liberal. En definitiva: sin sentir ningún tipo de nostalgia por ella. Puesto que nunca vi La Habana me permito este lujo de ciego. Perdonarán que escriba en blanco y negro. El color me pone nervioso, lo dejo para los que han visitado La Habana y se han hecho fotos con ella, toda pintarrajeada, la pobre.

Lo cierto es que me da apuro escribir sobre una ciudad y una isla de la que habla y escribe todo el mundo. No debería añadir mi voz a la de tantos. Pero me anima saber que todos los que escriben sobre ella han estado allá y por tanto hablan de vista, mientras que yo lo hago de oído y celuloide.

Para mí La Habana son cuatro calles animadas de gente y un paseo frente al mar; una docena de niños y de niñas, muchas bicicletas –puede que una veintena- y tres o cuatro coches malheridos. Las mujeres no las cuento porque es difícil contarlas: a veces parecen innumerables y otras apenas un puñado. Se transforman y se multiplican según la luz y el estado de la mar, y por la noche relucen como luciérnagas. También hay hombres que esperan que a sus bicicletas les crezcan hélices de aeroplano.

Por lo demás, La Habana es una necesidad que me invento.

Aunque nunca vi La Habana, no consigo desprenderme de la sensación de haberla fotografiado. En mi mesa hay un despliegue de imágenes congeladas de una retina monocroma. ¿Pude haber hecho yo esas fotos con mi vieja Canon? ¿Pude haber apuntado mi objetivo de 55 milímetros y disparado para ver después, mientras la película corría hacia una nueva vida por crear, hacia una escena todavía virgen, como esos niños que jugaban, que seguían encontrando una hermosa pérdida del tiempo? Seguro que no. Perdí mi cámara en algún lugar. Ahora mi trabajo son las mil palabras que circundan una imagen.

Y, sin embargo, viendo estas fotos recuerdo que encontré una muchacha que iba peinada con una permanente de cabellos negros, suaves ondas y ella me permitió que la mirase un poco más antes de alejarse en el pequeño redondel hexagonal de mi obturador.

Hay coches que parecen grandes animales domésticos. Uno tiene ganas de acercarse y acariciarlos. Cerca de ellos hay niñas frágiles, negritas con vestiditos claros que nunca han viajado en ellos, a lo sumo han subido a sus pescantes y se han imaginado la velocidad, las carreteras de la costa, las caras grandes y quietas de los que miran pasar los autos desde la sombra de una acera, enmarcados en el frescor. Una vez una niña de esas con vestidito claro de tirantes, como si fuera de nurse, se quedó allí para siempre. Todavía la recuerdo. Plantada ante el auto yanqui con el hocico de tiburón abollado, un tiburón anciano, desdentado que observa con su ojo turulato las cosas que suceden en la calle. Ella calzaba unas bailarinas negras de hebilla y unos calcetines fosforescentes. Sus piernas crecían como dos cardos robustos y luego había cuatro pliegues, tres hendiduras de sombra, parece que todavía los estoy viendo. El auto era su perrazo guardián: nada le podía pasar a esa niña. Y por eso la recuerdo así, posando ante su auto de la guarda, mientras el auto reía con la boca desportillada y a la vez advertía a los depredadores de niñas que esa niña del vestidito de seda era suya y de nadie más.

Los verdaderos vehículos de La Habana son las bicicletas, no los tiburones. Ciudad de piernas y de ruedas desnudas, ciudad de brillos cinéticos, de ruedas que giran al nivel de la cintura, de ruedas de afilador, de sonrisas elípticas, de anillos criollos, de rulos, de ruelas envenenadas, de tiouvivos. Calles invadidas de pulseras y de muñecas, de pezones que giran en torno a un timbre nutricio. ¡Y cómo brillan esos timbres de bicicleta, el mayor tesoro de un hombre! Sillines que parecen cómodos como un butacón de orejas. Ni un solo perro. Ningún gato. La reina bicicleta se adueña de las mañanas y de los atardeceres, se pasea contoneándose por el Malecón con sus radios viciosos, oye misa con respeto en el pasillo lateral de una iglesia. No hay ladrones de niñas, pero sí ladrones de bicicletas.

Niños en las aceras, cabezas juntas, pensamientos parecidos. Un blanco entre cinco negros le hace el signo de los cuernos a su vecino sin que este lo vaya a saber quizá nunca. Más aún que las niñas, los niños de estas aceras son un reducto inacabable de alegría, de astucia. Parecen pasar la vida aquí sin ir a otra escuela mientras los nuestros perecen ante una pantalla sin vida.

“El fotógrafo debe ser un ladrón” escribe Salman Rushdie, “debe robar instantes de tiempo a otras gentes para fabricar sus propias eternidades diminutas”. No lo creo. El fotógrafo es el policía que detiene en una décima de segundo al ladrón y capta sus rasgos esquivos para un fichero universal que guardan los ángeles en el cielo de La Habana. Un día alguien pedirá cuentas a ese fotógrafo.

La alegría parece una degradación del gris. Será un color intermedio, un efímero punto entre el blanco y el negro: esos dos tonos que encierran todo, que comprenden la vida en sus infinitas manifestaciones. Quizá la alegría sea menos el blanco optimista de unos dientes que el blanco resignado, lúcido, de unos ojos que han sentido toda la luz, que han recibido, pulverizada, la espuma del mar. También puede ser que la alegría sea un encuadre, esa décima de segundo de la existencia. En cualquier caso, a la alegría no le conviene el color. Como dice Cabrera Infante, “La Habana Vieja, en fotografías a todo color, parece una puta pintada”. Así le salió a Manuel Méndez al fotografiar una ciudad sin gentes, un gran palacio vacío y remendado. Un caos de merengue. El colorete corrido por el llanto de la risa.

“Ya sabe usted cómo es La Habana temprano en la mañana, con los mendigos todavía dormidos recostados en los muros esperando que traigan el hielo y abran los bares”. Así empezaba Ernest Hemingway su novela *Tener y no tener*, escrita en 1957 en el hotel Ambos Mundos de la ciudad vieja. Le hubiera gustado quedarse a vivir allí, sobre todo por el ron. Allí, si no voy desencaminado, le robó la historia de un pez así de grande a un viejo pescador. Hay pocas ciudades tan literarias como La Habana, pocas ciudades que se amolden a un destino escrito. Son muchos los escritores que la han situado en el mapa de sus novelas o relatos. Carpentier, que juraba haber nacido en La Habana, aunque hay quien asegura que fue en la suiza Lausana donde de veras vio la luz brumosa del día, hablaba de una ciudad “enferma de columnas”. Claro que se refería a esos soportes de los edificios medio ruinosos o medio reconstruidos, entre los que juegan los niños, y no a las “quintas columnas” que también la ciudad padeció y nunca ha dejado de padecer. Otra definición de La Habana la hace Lezama Lima en el título de su mejor obra: *Paradiso*. El de John Milton y no el de Dante, el paraíso perdido de su memoria que él evocaba en esta obra enorme. Lezama vivió en la calle Trocadero donde las casas casi cayéndose. Era corpulento, generoso, torpe, amante de poetillas y gacetilleros. El libro de cabecera de Lezama, me contó un escritor cubano que frecuentaba su casa, era “*Decline and fall of the Roman Empire*”, de Gibbon.

Tenía los seis volúmenes manoseados cerca de su escritorio. Recitaba varias páginas cada día, como si le sirviesen para aclararse la voz. Consideraba la obra del inglés extraordinaria. Cuando regresaba de sus cacerías nocturnas Lezama escribía “Noche insular, jardines invisibles”, o cualquier otro verso bueno.

Las fotografías mejoran cuando el fotógrafo se camufla, tira la foto y esconde la mano, cuando protesta que él no ha sido, cuando se hace invisible entre una somera multitud.

Otros dicen: ponte aquí, mira el mar, saca rostro de mártir.

Balzac dijo a Nadar que las fotografías despojaban al sujeto de su personalidad. Pero ¿quién demonios fotografía la personalidad? Fotografiamos los hechos, las cosas, el ser para la muerte.

Una buena foto es como un buen chiste: lo sientes en el estómago, ahí te golpea la risa o la reacción simpática. En el estómago es donde comprendes.

Los hombres ya entrados en años se paran y te miran. ¿Qué sabes tú de lo que ellos fueron? No te lo van a decir. Nunca lo sabrás. Deben marcharse tierra adentro.

Fotografiar a los que ya no están, el espacio que han dejado, la energía transformada en rabia y nostalgia. Es propio de los isleños huir, alejarse de la costa tosiendo para eliminar de los pulmones el aire irrespirable. De todos los isleños: irlandeses, mallorquines, cubanos. O tal vez deberíamos decir, de algunos isleños, esos que sienten su tierra de una forma incommunicable y dolorosa. Nunca lograrán fugarse, pero se habrán alejado para siempre, puede que en la panza de un tiburón o de una nodriza.

Ciudad de abordajes venéreos y fugas nocturnas, ciudad alegre en su misma desgracia... ¿qué desgracia? No lo sabemos bien porque jamás hemos estado allí. Hay muchas teorías, históricas o sentimentales, políticas o económicas, habaneras o floridas Y un nombre. Fifo, le llaman algunos, si bien la mayoría no lo nombra. Las fotografías no dicen nombres, ésa es su ventaja: no contaminan la verdad del claroscuro con el encabezamiento de una lista, con un nombre propio o un adjetivo impropio. Fijémonos, por ejemplo, en un nombre sacado de la historia moderna de la isla: Bahía de Cochinos.

El mar Caribe, más allá de las bicicletas que patrullan. La costa de otra América al otro lado de los radios doblegados, casi de rodillas, sobre el asfalto mordido. Se miran y no se reconocen las dos Américas; además, no una sino las dos van a helarte el corazón. A la Habana llegan cartas que se leen entre los viejos autos yanquis, las pantorrillas rozando dentaduras de tiburón disecado. Aquí es el pasado, un mercado de pulgas, los encantos. Todo un museo de aquella libertad de la pantalla. Las salas de estar de las casas recuerdan la América olvidada, ideal: el frigorífico orgulloso, el televisor apagado, lanzando destellos desteñidos. Una mecedora, unas fotografías en la pared, un paso franco hacia el interior. Sin armas ni ninguna pista superflua.

Cada vez que alguien conocido regresa de La Habana y me dice que debo ir, pienso lo contrario: jamás iré, a no ser para morir allí como un habanero más, enraizado a su utopía invertida.

Leo algunas cartas de balseros y lo que escribió Zoé Valdés sobre sus calamidades, ella que no llegó a Europa precisamente en una balsa. La conocí en Madrid a esa habanera con suerte, pequeña gran conversa. Es cierto que las dictaduras ofrecen el glamour de desertar, pero quién sabe si esa deserción activista forma parte insoluble de la injusticia.

He aprendido algunos nombres: El Vedado, San Lázaro, Obispo, La Rampa, Amistad, El Recodo, Zapata, Galiano, Parque Maceo. Sé que hay calles cuyo nombre es un número, como en Nueva York, o una letra, como en Washington D.C. Me cuentan que las fachadas están enlucidas de amarillo mostaza y yo las veo gris marengo. Leo que el cementerio de Espada lo fundó el obispo Espada porque en las iglesias ya no cabían los muertos. Y que Lorca fue a La Habana cuando se cansó de poetizar Nueva York. Imagino que Calzada, Paseo de Infanta y avenida de los Presidentes son nombres que se repiten muchas veces en las calles de, dice Cabrera Infante, "esa ciudad madura por el trópico en una nación nacida con el siglo".

Ciudad de escritores y de mujeres, de escritores que no aman a las mujeres. Es cierto que hay muchas excepciones, pero la regla es abundante. En 1937, Carlos Montenegro publicó "Hombres sin mujer", una especie de manifiesto novelado escrito en el Morro, la prisión de La Habana. ¿Por qué tanto bugarrón, como decía Reinaldo Arenas, en esta ciudad? Además del propio Arenas, que lo proclamó bien fuerte en el brillo enamorado de sus obras, tenemos, por sólo nombrar algunos, a los discretos Antón Arrufat, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Lino Novás Calvo y Calvert Casey, Calvita para los amigos: cuántos tipos de letristas que preferían un buen cuerpo de hombre, fuera tísico o gigante. Dicen que Calvita, nacido en Baltimore y muerto en Roma, pero

cubano de una pieza, se casó con una dama, pero ya a las pocas horas de la boda estaba pidiendo a un escritor amigo cuarto y cama donde meter por un instante al marinero que había levantado entre los invitados al ágape.

Bueno, dije que no iría a La Habana, pero lo mío es cambiar: hoy blanco y mañana negro. Iría a La Habana en son de insecto, para participar en su estúpida resistencia, a sabiendas de que es injusta, porque hay que estar entre los débiles, por lo menos con las hormigas apaleadas. Hay que estar con los que pierden, con los que se ven arrojados del paraíso a pedradas; hay que estar a favor del "clima espléndido, la brisa de los mediodías, la claridad". Los otros sólo quieren carne de mercado, lo blanco y lo negro a peso. Todo el hormiguero consentido y apaleado de la isla.

Pobres mercados de La Habana llenos de bananas y fruteras que las pregonan. Cierro los ojos y las veo. A esas mujeres yo les compraría todo su cargamento. Señalaría frutas cuyo nombre no conozco, las palparía y diría ésta y también esa otra y aquella de más allá. Cuando la que se maneja mejor, la del puesto de bananas y moscas, me diese el cambio, cogería su mano y le pediría este baile y luego el siguiente y el que viniese después, hasta llenar de pasos y revueltas y besos de cadera su carnet de baile.

¿De dónde vienen esas vecinas con bolsas? Hasta ocho veo. ¿Qué han comprado? ¿Un kilo de clavos, medio de orgullo patrio y dos docenas de chistes frescos sobre la revolución? Algo habrán comprado, digo yo. Y yo, tras revisarlas de arriba abajo, a ellas, a las vecinas, me fijo en sus bolsas blancas, animadas. La última vez que vi bolsas con vida propia fue en la antigua URSS. En Murmansk las vecinas portaban bolsas medio vacías, o medio llenas. Algunas sólo llevaban periódicos arrugados y quizá algún adoquín dentro, para que no volasen debido a los canales de viento helado. Esas bolsas parecían sudarios, el equipaje de un fantasma. Lo mismo que aquí. Esas bolsas son bienespreciados al margen de lo que lleven dentro. Son como el alma blanca de una existencia vecinal. Hablan entre ellas su lenguaje fruncido, murmuran plásticas palabras mientras sus dueñas comentan sus cosas y me miran a mí esperando que les haga un guiño con mi vieja Canon, aquella que perdí, aquella con la que fotografié las bolsas congeladas de Murmansk, por donde pasa la corriente del Golfo que lame, de vuelta, La Habana.

Mi encuentro con el fotógrafo en una plaza. Su cámara de fuelle y madera es una reliquia. Hago pocas instantáneas, dice. Una palabra antigua, instantánea. Captar el instante, el momento, ese sólido pedazo de día. Son muchos instantes los que tiene esta máquina, ¿verdad? Sí, demasiados, contesta: también tiene los instantes de mi padre. ¿Y usted cree que se acuerda de todos? Desde luego, totitos.

Ciudad de ciudades; ciudad de encuentros, de brazos en jarra, de zapatillas, de pórticos, de amigos, de columnas, de comercios cerrados, de mujeres que sacan la lengua. ¿Y los pintores, donde están los que pintan? No puede ser que se marcharan todos con la pintura a otra parte. Tienen que esconderse en algún lado. Me acuerdo ahora de un pintor que pasó por La Habana allá por los años veinte. Se llamaba Ramón Vera, había nacido en Andratx y era pescador de esponjas. Pintó lo que veía: esa prodigiosa infantilidad de lo cubano. Y la selva y la mujer y el silencio. Regresó a Andratx para seguir inventando su vida habanera, cada vez más bella.

Sacar a La Habana de la cabeza, conocerla como la palma de la mano sin haber nunca puesto la mano en la barandilla del descampado de rugidos o en el barniz del puerto bullicioso. Los viajes le rebajan a uno cada vez más, le hacen pasar por el rasero de lo artificial, le trituran en visitas inútiles, le hincan de hinojos en ritos en los que no puede creer. Sacar a La Habana de la cabeza -es decir, inventarla, en lugar de quitarla de la cabeza, lo que sería propio de alguien que allí hubiese tenido una mala experiencia, la terrible experiencia corriente de cualquier viaje común- sin ni siquiera haber leído sobre ella, lo cual es también una especie de viaje -leer lo escrito sobre los accidentes geográficos por aquellos que los vivieron o fueron a visitarlos aprovechando unas vacaciones-, a veces tan desagradable como el propio ir, ver y volver. La Habana como la ciudad de un cuento que narramos para solaz de nuestras retinas, un cuento de hadas regado de doncellas y ogros; cebado de mentira, mazmorras y amor; hecho de huida, lujuria y peripecias. Y sobre todo mucho empecinamiento, alegría, pasado.

Los hay que vaticinan la muerte de La Habana, el rodar de todas esas columnas roídas como un gigantesco dominó que se vierte en el mar Caribe levantando olas bíblicas que se tragarían de un solo bocado las ciénagas de Florida. La Habana se muere al modo de Venecia: vive de tanto asistir a su propio funeral. De algas o de ideas putrefactas: las dos ciudades antípodas se ahogan con voluptuosidad de otro mundo. Pero la muerte de La Habana es sin duda más cruel, más horrible por causa de todo lo vivo que aún contiene, al contrario que Venecia la momia. "¿Dónde hallar sitio para extender mi espanto?", se pregunta Reinaldo Arenas tras una declaración de muerte que sirve también para su ciudad, La Habana sifilítica:

"Sí, muero en soledad, de amor me muero. Muero por todo lo que no tengo, por todo lo que quise y nunca alcancé. Por todo lo que alcancé y no sabía que tenía y perdí. Por todo lo que no supe disfrutar mientras lo tuve. Por todo lo que disfruté y ya no me pertenece, por todo lo que nunca haré".

Una vez recibí una botella de ron. Me la mandaba un amigo de La Habana que conocí en Galicia. Una etiqueta hecha de dorados y rojos, ron de la Guayaba. No era claro como el vodka sino rubio, de un color tostado, como si fuera un coñac aguado. Han pasado varios años y todavía tengo esa botella. Le quedarán unas cinco o seis copas. No he vuelto a saber de mi amigo. Le envié un libro, pero sé que jamás llegó a sus manos porque el equipaje de quien lo portaba fue robado del avión en una escala. Recuerdo que él me contó muchas cosas de su ciudad, pero apenas puedo evocar sus palabras. En cambio, tengo muy presente su hablar vivaz y su buen humor cultivado.

Para Walker Evans, fotógrafo de la ciudad en su apogeo, un negro elegante es la apoteosis del dandi. Unos más y otros menos, todos son elegantes. Todos poseen el secreto del movimiento corporal y unas pequeñas alas blancas en los ojos. Trabajen en la fragua, en la calle o paseen por el Malecón; tras un mostrador de nabos o de cachivaches, pedaleando con dulzura de espaldas a la mujer o incluso sentados en la acera con la sábana alrededor del cuello y aguantando con estoicismo los tijeretazos justicieros del barbero, esos dandis no alardean de su humilde elegancia.

“La Habana, quien no la ve no la ama”, dice un adagio que viene de antiguo. ¿Pero verla cómo, amarla de qué manera? Yo nunca la he visitado, pero la he visto. No he tenido la suerte de un Hergesheimer, que la vio desde el agua en los mismos años que Lorca, la bahía creciendo por momentos mientras el barco bogaba ya a media marcha:

“La costa cubana estaba ahora tan cerca, La Habana tan inminente, que perdí el hilo de mi historia por un nuevo interés. Podía ver, baja contra el filo del agua, una hilera de edificios blancos, a esa distancia puramente clásicos en su implantación. Fue entonces cuando tuve mi primera premonición sobre la ciudad a la que suavemente progresábamos. Iba a encontrar en ella el espíritu clásico no de Grecia sino de un período algo tardío. Era la réplica de esas ciudades imaginarias pintadas y grabadas en una rica variedad de cornisas de mármol, dispuestas directamente hacia el mar calmo. Había ya perceptible en ella un aire de irrealidad que marcaba la costa que vio el embarque hacia Citerea...”

Yo he visto La Habana de manera diferente a Hergesheimer, con los ojos para dentro, las ventanas cerradas de par en par, el oído pegado a indestructibles columnas de palabras. Yo he visto los órganos vitales de La Habana, la sangre, sin importar el color ni el grupo sanguíneo: todos somos monocromos, todos suspiramos en el tránsito del gris al gris. Un corazón que late, unas vísceras que sienten. Así he visto y he amado yo La Habana: blanca y negra, mulata. Herida, pero todavía viva.

José Luis de Juan